

lices si llegáis á ver en pleno desarrollo esa planta del *idealismo realista*, cuyo germen está escondido en nuestro suelo bajo la espesa capa que tantos años de decadencia han amontonado; felices si, al realizarse la evolución metafísica, que ya por todas partes, aunque de un modo vago, se presiente, alcanzáis de la realidad un concepto más amplio é ideal que el que nosotros hemos logrado!

HE DICHO.



II.

DE LOS ORÍGENES
DE
CRITICISMO Y DEL ESCEPTICISMO,
Y ESPECIALMENTE DE LOS
PRECURSORES ESPAÑOLES DE KANT.

DISCURSO DE RECEPCIÓN
EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

EL DÍA 15 DE MAYO DE 1891.



I.

PIENSO, señores Académicos, que ninguno de vosotros habrá achacado á incuria mía, ni menos á desdén ú olvido, la relativa tardanza con que me acerco á recibir la honrosa distinción que he debido á vuestros sufragios. Cuanto más alta es la merced otorgada, tanto más obliga á recoger el ánimo por largo espacio, hasta dar con el modo menos indigno de corresponder á ella y de satisfacer una pequeña parte de la deuda contraída. Tal ha sido, señores, el caso en que me he encontrado: combatido á un tiempo por la falta de reposo intelectual, por la distracción del espíritu en muy varias pero inexcusables tareas, y por el respeto profundísimo que me inspiran el nombre de esta Academia y los graves estudios que aquí se cultivan. Algunos de ellos hay en

que soy enteramente forastero; otros, en que no he pasado de discípulo ó de mero aficionado. Si algo tengo de filósofo, será en el sentido etimológico de la palabra, esto es, como amante, harto platónico y desdeñado, de las ciencias especulativas. En cuanto á sus aplicaciones al régimen de la vida y á la gobernación de los pueblos, principal y glorioso estudio vuestro, declaro que ni mis hábitos intelectuales, ni el género de educación que recibí, ni cierta invencible tendencia que siempre me ha arrastrado hacia la pura especulación y hacia el arte puro, en suma, á todo lo más inútil y menos político que puede darse, á todos los sueños y vanidades del espíritu, me han permitido adelantar mucho, ni trabajar apenas por cuenta propia; limitándome á admirar de lejos á los que, como vosotros, han acertado á poner la planta en ese firme terreno de las realidades éticas, económicas y jurídicas.

Y no es, señores, que yo deje de deplorar el triste divorcio en que suelen vivir la especulación y la práctica, no menos que el muy funesto que habitualmente existe entre la ciencia y el arte, más que por limitaciones del entendimiento humano, por vicios de la cultura tradicional y por preocupaciones de varia índole, á las cuales sólo una profunda reforma intelectual puede ser adecuada medicina.

Cuando un vacío y presuntuoso *dilettantismo*, ya filosófico, ya poético, que suele ser expresión de monstruoso egoísmo, hace desertar de la lucha á los fuertes y á los capaces, forzosamente se apoderan del campo los empiricos aventureros y temerarios. A semejante mal, sólo se ve un remedio: recordar al arte de la política su dependencia de la ciencia política; recordar á la ciencia política su dependencia de la ciencia moral; recordar á la ciencia moral su dependencia de la Metafísica, raíz, al mismo tiempo que complemento, de todas las ciencias humanas. Mostrar este parentesco, evidenciarle de mil modos, hacer penetrar por todas partes la savia filosófica en el vasto cuerpo de las ciencias sociales, es la noble tarea que gloriosamente cumplen Academias como ésta, con universal beneplácito, no sólo de los hombres de estudio, sino de los hombres de buena voluntad que aspiran á ser regidos conforme á razón y justicia. Nadie debe negar su concurso á tal empresa, cualesquiera que sean los impulsos que á otra parte le lleven; y por eso mi inolvidable antecesor, que cultivó estudios muy análogos á los míos, pero que los cultivó con un brillo y una gloria que yo no alcanzaré jamás, daba treguas á sus inspiraciones de poeta, á sus investigaciones de historiador, á sus análisis de crítico, á sus triunfos oratorios, para buscar en campo, si menos

florido, más fructífero, solución á alguno de los temerosos conflictos sociales que por todas partes nos amagan.

Es cierto, sin embargo, que sus escritos de este orden fueron breves y escasos, y que á los ojos de la posteridad el Marqués de Molins quedará como una figura principalmente literaria. Su nombre va unido á las pompas y esplendores de la época romántica. Allí le saludará con respeto la crítica, cuando llegue á escribirse la historia literaria de España en el siglo XIX, hasta ahora no acometida formalmente (1); sin que tal vacío haya de atribuirse tan sólo á nuestra desidia, sino á la misma complejidad del asunto, en que es difícil hallar punto de mira ni trazar adecuadas divisiones. Hay, sin embargo, un período que fácilmente se separa de los demás, y puede darse por de todo punto cerrado y concluso. Antes de ese período, la escuela literaria dominante es mera prolongación de la del siglo XVIII, llegada á su perfecta madurez. Después de ese período, la anarquía y el individualismo quedan señores del campo; se inicia alguna cosa que aun no hemos visto terminada; apuntan muchas tendencias y apenas llega á granazón ninguna; imitanse alternativamente modelos contra-

(1) No había aparecido aún el ensayo del P. Blanco García. (Nota de esta edición.)

puestos, ó no se imita á nadie, y donde quiera lo particular y autónomo se sobrepone á lo genérico. Quizá convenga así, y por mi parte no lo lamento. Entre estos dos mundos, el uno, de servidumbre académica, y el otro, de behetría turbulenta y desmandada, epílogo el uno de una historia pretérita, y prólogo el segundo de otra historia que aun está entre los futuros contingentes; en una palabra, entre el mundo de Quintana, de Lista y de Gallego, y el mundo de que somos parte cuantos hoy, más ó menos torpemente, movemos la pluma, se dilata otra región poética en que imperaron modos y formas de arte muy definidos, y aun cierta especie de teoría que á los educados en la disciplina del siglo XVIII pudo parecer esencialmente revolucionaria, aunque luego, en cotejo con otras licencias más radicales, casi hayamos venido á tenerla por motín escolar ó rebelión de *intra claustra*. El período en que domina esta escuela, que de un modo ó de otro dejó sembrados los gérmenes de la independencia literaria de que hoy más razonada y sistemáticamente disfrutamos, se conoce en todas las literaturas de Europa con el nombre de *romanticismo*.

A esta escuela pertenecen las obras capitales del Marqués de Molins; su drama histórico *Doña María de Molina*, sus romances y leyendas, hasta sus mismas narraciones en

prosa. Pero como las evoluciones literarias rara vez son bruscas, sino que se van graduando por matices casi imperceptibles, él, que había sido clásico antes que romántico, educado por Lista en el colegio de San Mateo, recibiendo por una parte las tradiciones de la escuela sevillana por medio de su dulce y venerado maestro, é inclinándose por otra al tono grandilocuente y robusto de los últimos y más gloriosos líricos salmantinos, Quintana y Gallego, merecía á toda ley ser contado entre los más fieles hijos ó nietos de la literatura culta y entonada de los últimos años del siglo XVIII, de cuyo dialecto poético conservó siempre dejos muy visibles hasta en sus composiciones más románticas, no sólo por el buen gusto y el primor de ejecución, de que en ningún sistema literario, por libérrimo que sea, debe prescindir el poeta, sino por cierta declarada predilección á las voces llamadas *generosas* y nobles, por cierta tendencia á la perífrasis y al eufemismo, y un instintivo alejamiento de todo lo que le parecía rastrero y prosaico. Venía á ser, pues, el Marqués de Molins un ingenio ecléctico, romántico en los asuntos y aun en la traza y disposición de sus obras, clásico ó neo-clásico en el artificio académico del estilo. Este prudente eclecticismo se mostraba en la fácil aptitud para géneros diversos, en la variedad de temas, en el

desembarazo continuo de la ejecución, no menos que en el cuidado de huir todo lo redundante y extremoso. Sus obras poéticas, cuando se leen coleccionadas, parecen espejo fiel de las transformaciones y mudanzas de atavío que ha ido ensayando la musa castellana desde el año 30 acá, sin que haya género de que el Marqués no dejara alguna muestra, ni afición literaria de su tiempo á que dejara de pagar tributo, como espíritu curioso que era, nada exclusivo ni intolerante, benévolo por naturaleza y atento á todos los cambios de gusto, para seguirlos en lo que tenfan de racional, y en lo que congeniaban con su propia índole.

Por raro privilegio de la suerte alcanzó á ser contemporáneo de tres generaciones literarias, y hubiera podido ser, y fué en parte, cronista autorizadísimo de las dos primeras. La gallarda juventud de su mente, que conservó hasta el fin, y aquella longevidad de su espíritu, mucho más rara que la longevidad física, hacían que su memoria fuese un archivo de casos y cosas de la literatura española de este siglo, de tal modo, que si se hubiera determinado, como muchos solicitaban, á escribir íntegros sus recuerdos (de los cuales en su extensa biografía de Bretón nos dejó alguna muestra), hubieran sido el más metódico, discreto y copioso inventario de cuantos versos y prosas dignos de memoria han salido, no dire-

mós de la pluma, porque muchos de ellos ni siquiera se escribieron, sino de la palabra y de la mente de los más singulares ingenios que han pasado por esta tierra en lo que va de siglo. El Marqués de Molins los había conocido á todos, de todos había sido amigo ó discípulo ó condiscípulo ó protector ó compañero; recordaba todos sus dichos, lo que pensaron, lo que improvisaron, y sabía hacerlos revivir á nuestros ojos con el encanto que tienen siempre las memorias de la juventud y de las alegrías pasadas. Venía á ser en tal concepto el Marqués de Molins, testigo fiel de costumbres literarias ya fenecidas, sin dejar de ser un contemporáneo nuestro en la más genuina aceptación del vocablo.

Sus aficiones, un tanto arqueológicas, debían llevarle naturalmente al cultivo de la historia, si no en trabajos de larga extensión, incompatibles con vida tan ocupada como la suya, á lo menos en investigaciones de gran novedad, en monografías sobre puntos oscuros, tales como *la sepultura de Cervantes*, ó la averiguación de los casos y andanzas de cierto aventurero español del siglo xvi, autor de la *Crónica de Enrique VIII de Inglaterra*. En estos y otros estudios, con que dignamente contribuyó á las tareas de nuestras Academias Hermanas, luce el raro talento de amenizar las indagaciones más áridas, y hacer que hasta los profanos las

sigan con interés y deleite, gustosamente movidos por el acicate de la curiosidad diestramente excitada. En vez de presentar desnudos y en seca fórmula los resultados de su examen, gusta Molins de conducir á sus lectores de lo conocido á lo desconocido por el camino más largo, pero sin dejarles sentir ni por un momento la fatiga; antes bien, interesándolos en todas sus excavaciones, tanteos y arrepentimientos, de tal suerte que lleguen á imaginarse que son ellos los que por su propio esfuerzo racional han alcanzado la solución del enigma. Esta hábil disposición de los datos y del desarrollo del problema, que no dudo en calificar de elegante y artística, estaba amenizada todavía más, en los escritos de mi predecesor, merced al arte de los paralelos, de las coincidencias y de las aproximaciones, en que se mostraba profundo á veces y otras ingenioso, trayendo á su propósito las cosas más lejanas en tiempo y espacio, y entretejiéndolas hábilmente con las que eran objeto principal de su relato, para poner así de manifiesto las ocultas analogías y los providenciales sincronismos de las cosas humanas. Sin hacer profesión ni alarde de filósofo, solía ocultar bajo una forma ligera y mundana consideraciones muy graves y filosóficas, y un cierto modo de pensar elevado y cristiano, que en sus mismas obras poéticas se trasluce y aun declaradamente se

manifiesta. De ellas pueden inferirse también sus ideas políticas, en las que puede decirse que entraban por partes iguales el espíritu nacional, el sentimiento aristocrático, y cierta manera de espíritu municipal ó de libertad antigua y de privilegio, que él, aun en su primera juventud, no creía incompatible con el templado liberalismo que profesó siempre. El encariñamiento con la nobleza hereditaria, y esto no sólo por tradiciones de familia y por entusiasmo histórico, sino por considerarla elemento y poder necesario en el Estado, no le movía á estériles vanidades, sino á nobles y sentidas lamentaciones por la postración y abatimiento político de su clase; y si es verdad que á ratos parecía vivir con las sombras de sus mayores, y los celebraba en octavas y romances, y se deleitaba y ufanaba con el recuerdo de los timbres heredados de los que *vistieron la cruz de Alfama y compraron con sangre los verjeles de la Daya*, más veces propendía á aquella especie de enérgico pesimismo que revelan las palabras puestas en boca de un labrador castellano en uno de los bellísimos romances que llevan por título *Recuerdos de Salamanca*.

Esta concepción política, mixta de aristocrática y democrática, de reminiscencias de la Edad Media y de esperanzas modernas, es el alma de la más notable producción dramática

de Molins: *Doña María de Molina*. No es ocasión de establecer aquí paralelos, siempre enojosos, ni de traer á cuento la admirable crónica dramática de Tirso, *La Prudencia en la mujer*, por más que la similitud del asunto y de algunas de las situaciones, la pongan forzosamente delante de la memoria. No sin razón pudo culpar Enrique Heine á los Schlegel de obtener fácil victoria sobre el teatro de Racine trayendo á cuento ejemplos de Eurípides, pertenecientes á otro arte y manera de tragedia, tan distinto del arte francés en el fondo, á pesar de la engañosa semejanza de la superficie. De igual modo, aunque D.^a María de Molina sea protagonista del drama de Tirso, como lo es del del Marqués de Molins, cada poeta ha tratado el asunto dentro de las condiciones del arte de su tiempo, y con ideas y propósitos diferentes, y hasta con una concepción no igual del espíritu de los siglos medios, de donde han resultado no sólo nuevas situaciones, sino también una modificación profunda en el carácter de la heroína. Por donde no ha de juzgarse el drama del Marqués de Molins como si fuese un inmenso cuadro de composición histórica al modo del de Tirso y de los de Shakespeare, donde revive entero un pedazo de la tradición nacional, agrupándose inmenso número de acaecimientos y de personajes en torno de una sola figura que, por decirlo así,

comunica al drama su unidad personal, la cual sobrenada siempre sobre el amplio océano de la vida difundido en innumerables episodios. Sino que debe estudiarse como drama *romántico*, en el sentido que se daba á esta palabra en 1834, y buscar allí, no las ideas del siglo XIV, sino las ideas propias del autor y de toda la juventud literaria y política de su tiempo. Y precisamente por esto conserva frescura y encanto el drama. Esos mismos anacronismos de ideas y de sentir político, que notaba el gran Donoso en su crítica de esta obra, son hoy para nosotros un rasgo precioso de época. Si queremos recibir impresiones de legítima Edad Media, y conocer á los castellanos que afianzaron el trono del hijo de D.^a María de Molina, busquémoslos en la maravillosa creación de Tirso, que no los conocía como erudito, pero que los adivinó y sintió como poeta, por vivir en tiempos en que el antiguo y castizo modo de ser nacional permanecía sustancialmente ileso. Es el mismo género de fidelidad interna, mucho más rara que la arqueológica, que admiramos en las crónicas dramáticas de Shakespeare. Pero á un poeta de la generación romántica fuera inútil exigirle que sintiera y pensara como Tirso, ni como la D.^a María de la historia, puesto que no siendo reales y sinceros en él tantos sentimientos, forzosamente hubieran parecido cosa pegadiza

y comunicado incurable frialdad á su obra. Y así no es de censurar que el poeta, al trazar la figura ideal de D.^a María de Molina, pareciera tener puestos los ojos en otra Reina Gobernadora, en quien se cifraban entonces todas las esperanzas liberales, y que al hacer hablar al mercader segoviano, se acordase demasíadamente de los procuradores á Cortes del primer Estamento. Así salió la obra viva, original y marcada con el sello del día en que nació. En ella mostraba por primera vez su autor aquella doble naturaleza de poeta y de político, que luego le acompañó constantemente en los parlamentos, en los Ateneos y en las Academias.

Perdonadme que me haya dilatado en el elogio de mi antecesor, no tanto ciertamente como él merece, pero invadiendo quizá un campo que no es propiamente el de esta Academia. Á otras perteneció Molins, donde voces más autorizadas que la mía se han levantado ya ó han de levantarse en elogio suyo. Si me he atrevido á meter la hoz en mies ajena, sírvanme de disculpa antiguas deudas de amistad y gratitud nunca bastante saldadas.